

## **PREGON de PEDRO MARIO HERRERO**

Langreano de Honor 1984

Romeras y romeros de la Virgen de El Carbayu: Soy de aquí, soy de los vuestros, conozco cada calle, cada rincón del valle. Tengo por la cabeza coscorriones de maestros por no estudiar como es debido, palmetazos en las manos por decir que Londres era la capital de Mesopotamia, y que el Nilo discurría por tierras de América del Sur. Me han puesto de cara a la pared en la escuela por hacer novillos, incluso por subir aquí, que subir a El Carbayu por la tarde y retozar por las alturas era una tentación invencible. He corrido a uña de caballo delante de los Guardias Municipales de todos los Ayuntamientos del valle por pisar el césped de los jardines y por arrancar flores para rapazas que nunca me quisieron. He subido a docenas de árboles en busca de nidos, de cerezas, y de manzanas verdes. Me he bañado en el Nalón, y bebí agua en todas las fuentes y sidra en todos los bares.

He caminado por el valle en días de sol y de niebla, y canté, reí y lloré, y tengo todavía en los labios el sabor de las moras y en los ojos el vuelo de los malvises.

Vengo solamente con un deseo. Que seáis, en lo posible, felices. Alegraos, bailad, echad rumorosas risas a los vientos, visitad el chigre y meteos por el gznate el fuego del alcohol, moved el esqueleto dentro y fuera del baile y sentíos libres, como pájaros. Echad hoy las penas al río negro, quitad lastre, abrid las ventanas del alma, y gozad, cada uno a vuestra manera.

Cumplid hoy aquel consejo del imperio tebano, hace cuatro mil años:

“Sé alegre, satisface tus deseos mientras vivas, derrama mirra sobre tus cabellos. Vestido de transparente lino, inhala las brisas del Norte, sentado en el umbral de tu morada. Haz cuanto desees en la tierra, y no consumas tu corazón hasta que sea llegado el día de las lamentaciones”.

La brujería de la fiesta, siempre es el amor. Preguntádselo sino a nuestros venerables ancianos, que son lo mejor del valle. Ellos dieron el callo como leones buscando con su trabajo una vida mejor para otras generaciones.

Construyeron muros para evitar riadas, galerías en las minas, caminos para llegar a la montaña, y consultaron montones de papeles y perdieron el brillar de los ojos. Son los padres de los padres de los padres, el punto de partida vivo de la fuerza de los jóvenes. Pero nuestros ancianos también amaron en las romerías a tumba abierta. También llevaron a la moza por la cintura, después de llenarle la falda de avellanas, y se pusieron al trabajo de meterle en el corazón hermosas palabras para que ella se dejara llevar por el carrusel de las sensaciones.

La fuerza de la naturaleza está ahí desde los siglos de los siglos. Y nuestros ancianos, que son lo mejor del valle, andaban con el pecho al

agua, pisando tierra prohibida, por los maizales. ¡Y que maizales!. Ríete de los de ahora. Altos, frondosos, como la espesura de la selva.

Dicen los que lo saben, que al entrar en ellos, sólo tenías que dar media docena de pasos para que no pudiera encontrarte ni la Guardia Civil, que ya es decir. Y el valle, en aquellos tiempos, estaba plagado de maizales. Alguno, siempre, cercano a la romería, que ya se encargaba la autoridad competente de la estrategia. Que sí, hombre, que sí. Que aquello era pensar con la cabeza.

Que cuando nuestros ancianos celebraban esfueyes, y se metían en el hórreo para colgar el maíz, allí se bebía anís a destajo, que era muy bueno para la barriga y para otras cosas, porque luego había que llevar a las mozas a sus respectivas casas, por les caleyes, en la noche oscura o con la luna llena rondando por el cielo si había suerte, que dicen los astrólogos que la luna llena facilita el merodeo y que da igual que aúllen los perros.

Quizá por eso, nuestros ancianos andan más reumáticos que nosotros, porque el rocío de la noche se mete más por los huesos. Y ahora ellos, tunantes, disimulan y dicen que hay relajo en la juventud. ¡Bribones!. Y es que la romería, la fiesta, tiene la brujería del amor. Sino, ¿para qué diablos íbamos a hacer romerías?. Lo que pasa, vamos a ser serios, es que la gente mayor era muy hipócrita. La gente mayor iba y decía: "sí, iré a El Carbayu. Tomaré un poco el sol y el aire. ¡Bah!. Un día de campo. Es sano". Y van los jóvenes, y con este lenguaje nuevo de un mundo nuevo, porque este puñetero mundo no se detiene nunca, afortunadamente, y van los jóvenes y dicen: "voy a ligar". Y se arma el revuelo. Pero, vamos a ver, pongámonos la mano sobre el corazón. ¿Es qué nosotros, en nuestro tiempo, no íbamos también a ligar?.

Claro que sí. Lo que pasa que azorronábamos como hienas. Nadie se enfade. Yo hablo por mí, que conste. Porque yo siempre fui a ligar a las romerías, para que vamos a andar con paños calientes, porque la romería, y ya no sé cuantas veces lo he dicho, es la brujería del amor. Pero, el caso es que las mujeres de mi generación, no me hicieron ni caso. Anduve por el valle siempre más solo que la una, y eso que me pasaba las noches de turbio en turbio escribiendo versos para animar a las mozas al asunto, pero que si quieres. Si cuento lo que me pasó, si lo cuento.... ¡Pueden llorar las piedras!. ¡Puede haber un cataclismo en el monte!. Y si lo hay, ¿qué?. ¿Quién dijo miedo?. Mira, mira, pase lo que pase, lo voy a contar. Yo creo que este andar mío medio encorvado, este temblor de manos que me acompaña desde mi juventud, fue la consecuencia de vivir años y años sin una moza. A mí no me quiso ninguna mujer asturiana. ¡Lo que sufrí al hacer esta confesión!. Yo siempre anduve enamorado, creo que desde que nací, pero lo gordo sucedió cuando cumplí los doce años. Me enamoré como un loco. Yo parecía el cencerro de una vaca picada por tábano. La neña era la hija de un maestro. Con unos kilitos de más, tan graciosos...., con

aquellos labios que le temblaban, vete tú a saber porqué.... Tengo que decir de inmediato, que no pasó nada, ¡eh!. Que quede muy claro. Bueno, no pasó nada porque ella no quiso. Bien. Pues un día, en el portal de la escuela, al atardecer, en penumbra, voy y le digo: "oye. Ya está bien. ¿Por qué no me dejas besarte?". Y va ella, la pobrecita, que era más buena que el pan, me dice con los ojos húmedos, y con voz desfalleciente: "no puede ser, Pedrín. Estoy enamorada de Secundino". Secundino era mi mejor amigo, un rapaz alto, espigado, guapísimo, con una cara de romántico que parecía que se iba a morir al día siguiente. y al oír aquello, voy yo y rabioso, le digo a la nena: "a ver, explícate. ¿Qué tiene Secundino que no tenga yo?". Y lleno de ímpetu, añadí yo " Es qué Secundino sabe hacer esto?. Y voy y coloco a un amigo para saltar sobre él, y voy y como un bravo, salto sobre los tres. Saltar, salté bien. Pero caer.... Como me iba a pegar el golpetazo en la cara, puse la mano derecha delante, y ¡zas! los dos huesos del brazo a freír espárragos. El brazo me colgaba, así que lo sujeté con la otra mano. Y desde el suelo, la miré con ojos sufridores, con esa mirada patética que significa, "neña, ¿quieres que coma tierra por tí?, pues la como. Mira, tengo el cúbito y el radio hecho polvo, y ¿qué pasa?". Y entonces va ella, y se vuelve a Secundino que estaba allí y le dice: "tenías razón, Secundino. ¡Este imbécil está como una cabra!".

Así volví otra vez al hospital de Sama, porque no era la primera vez que iba al hospital, nada de eso. Tres años antes, una rapacina amiga mía, una dulzura de cría, se había caído a un pozo, y todos nos acercamos a mirar, y yo, como era tan torpe, resbalé y.... Los dos huesos de la pierna derecha a freír espárragos. la tibia y el peroné, cascados. Ella, la neñina, se creyó que yo me había arrojado al pozo para salvarla, que el año pasado, cuando estuve aquí, me lo dijo y se enfadó conmigo porque no la conocía. Bien. Sigamos. Al segundo accidente, pensé para mí: "pero, ¿qué es esto?, ¿es que las mujeres asturianas no me van a dejar un hueso sano?". Vamos, que si cuento todo lo que me pasó.... Andaba yo por el valle husmeando, olfateando como un loco en busca de una rapaza que me quisiera. Y voy, y a los quince años me enamoro de otra de mi edad, a tumba abierta.

Guapa, vistosa, con una boquita de piñón, con una melena.... Era el mes de junio. ¡Qué mes!. Hasta fuimos al cine juntos. Pero no pasó nada, ¡eh!. Nadie vaya a pensar mal. Claro que no pasó nada porque ella no quiso, eso sí. Bien. En julio nos fuimos los dos de vacaciones, y no volvimos a vernos hasta últimos de septiembre. Fue a la salida de misa. Yo le echo el mirar encima y comienza a darme una tiritona.

Vamos, que creí que tenía una alucinación. Estaba guapísima. le habían crecido poderosamente esas cosas que tienen las mujeres y que no tenemos los hombres.... Le había crecido todo, hasta la boca. Y voy yo, y avanzo hacia ella haciéndome el duro, y le digo: "pues no te ha sentado nada mal el veraneo. Estás de tren expreso". Y va ella y entorna

los ojos, me echa un mirar oblicuo y dice: " cuando crezcas, habla conmigo, pigmeo". Me quedé patidifuso. ¡Allí mismo me dejó, en la mismísima puerta de la iglesia!. Y es lo que lo mío con las mujeres del valle.... ¡Si yo tuviera tiempo de contarlo todo!. Si estuviéramos aquí tres o cuatro semanas.... Una noche tormentosa y aciclonada descubrí el misterio. Descubrí que yo era el único hombre de Langreo que escendía directamente de Pelayo y sus leales. ¡El único!. Ni uno más. Por eso me pasaban aquellas cosas con las mujeres, por eso. Porque ya sabéis que los moros hicieron la guerra contra los asturianos con un harén de ujeres cada uno. Pero Pelayo y sus leales, no. Cuando Pelayo y sus leales se acercaban a una mujer asturiana, ella decía: "qué quieres jarana?. ¿Quieres folgar?". Y e1 astur decía que si. Y la moza, llena de cólera, daba voces. "A la guerra, desgraciado, a la guerra!. Y cuando echas al moro, ¡ya folgaremos si tengo gana!". Lo mismo, lo mismo que me pasaba a mí. Tan lo mismo, que después que me fui del valle, me hice periodista y pasé diecisiete años de mi vida siendo corresponsal de guerra.

¡Fuísteis vosotras, las mujeres asturianas, las que ganasteis la guerra a la morisca, y las que me obligasteis a mí a ir a la guerra!. Mientras los bereberes se desgastaban en el harén, vosotras, las mujeres asturianas, teníais a Pelayo y a sus leales en cuarentena, fuertes como toros. ¡Así se ganó la batalla más grandiosa de la Patria!.

Por eso, ahora tengo que hablar directamente a las jóvenes romeras. Mucho cuidado con tratar al rapaz vuestro de la misma manera que me trataron a mí. Que yo no me entere que hay un mozu por el valle con la cabeza baja, el andar escerado y las manos temblonas. Que como yo me entere, va a temblar la tierra. ¡La tierra va a temblar!.

Y tengo que terminar. Ya sólo me resta despedirme de tí, Virgen del Carbayu, Santa Patrona y Santa Paisana. Voy a pedirte algo. Tú también eres una mujer asturiana, pero, por una vez, hazme caso, que más te da.... Acuérdate de nosotros, los del valle de Langreo. Que tengamos salud. Que no nos suban más los impuestos. Que nos llegue el sueldo para todo, y que nos sobre algo para comprarle un traje a la rapaza. Que si la rapaza no estrena un traje, igual se nos divorcia. Acuérdate de nosotros y protégenos, Virgencita. Que todos los que estamos aquí tenemos una hoja en cada árbol del valle, un puñado de tierra en cada sendero, un cántaro de agua en cada fuente, un malvís en cada zarzal y una nube en el cielo que viaja como una gaviota sobre los campos de Asturias. Acuérdate del valle, Virgen de El Carbayu, que más te da.

Adiós, paisanos. Gracias por haberme llamado.